

# Tunja en el recuerdo

Escribe: SIMON GUBEREK

No se de otros, pero por lo que toca a mí, el proceso de adaptación al país se cumplió lentamente. Solo que mi amor a él me hace pensar que fue más seguro. La venta a plazos me había dejado rica experiencia (conocimiento de gentes buenas, sencillas, modestas y cariñosas). El camino del domingo para recolectar las cuotas; las tardes de conversación en los barrios, con las historias de aquellas vidas, siempre marcadas por la penuria, y, entre todo ello, el inmigrante que se afianzaba en la tierra nueva, en la tierra prometida en la que había decidido fundar su hogar, criar sus hijos y fortalecerles su porvenir y hacer del cielo de la bendecida tierra colombiana su propio cielo, la azul techumbre de su patria.

La mostaza es uno de los árboles más corpulentos y elevados del mundo vegetal, pero su semilla es mínima. Crece lenta pero segura. Se afianza con perfección y sutileza. Y es así, así mismo, cómo yo me hice industrial. Comencé con una modesta maquinaria traída de Europa. No había por entonces técnicos ni operarios para este tipo de empresa y casi que para ninguna, porque el país se hallaba en pañales en cuanto a manufacturas. Había que hacer los técnicos y yo debí sacar de un lustrabotas un maestro textil. De este modo, del fondo de la nada, surgieron muchos hombrecillos y mujeres hacia la industria textilera colombiana. Claro que había que contar con el mercado. El consumo, antes de acreditar un producto y hacerlo indispensable, era pequeño. Debía por tanto extenderse a otras latitudes. Tunja quedaba por entonces a seis horas de tren desde la ciudad capital, y hacia allá enrumbé los pasos. Un domingo al amanecer tomé el bendito tren. La estación estaba por los lados de la calle 17 y 18 con la carrera 14, hoy Avenida Caracas. Un gran lodazal en invierno y un simún de polvo en verano impedían el paso de los viajeros, para llegar a ella. En los contornos se extendían los potreros, regodeo de vacas, caballos y chivos. Para las celebraciones de la fundación de Bogotá, de 1938, volaron lodazales, nubes de polvo y el paraíso de las bestias, para dar campo a nuevas avenidas y otra ruta para el ferrocarril.

En el tren, el butaco de primera no me pareció malo, pero no le hallé la misma comodidad de los de mi tierra. El tren empezó despaciosamente como si el descanso dominical también fuera para él. Pero, con todo, llegó

a la calle 66, donde aún puede verse la primera estación. La mañana era fría y oscura. Caía una lluvia pertinaz y menuda. Una niebla espesa arropaba las montañas, oscureciendo aún más los horizontes. En la estación de Chapinero, un coro de voces infantiles y, también, voces maduras de hombre o mujer, voceaban la prensa de la mañana: "El Tiempo" y "El Siglo". Los niños con sus caritas marchitas, flores de invierno que la vida aja con premura y el hambre ataca con sevicia, y la sociedad olvida con crueldad, me impresionaron hondamente. Los lectores, en el vagón, se enfrascaron prontamente en la lectura y a ratos comentaban con el vecino de asiento las noticias, sin que faltara una que otra palabra de desacuerdo. Pero era entonces la época de Olaya Herrera, y las pasiones no estaban al rojo vivo, como ahora. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

A la distancia, el tren entró entre una escolta de montañas, altas y escarpadas por el oriente y más bajas y suaves por el occidente. Me entretenía en la contemplación del paisaje, hecho por la gran arquitectura de la naturaleza, tan variado como múltiple en sus manifestaciones.

Pueblos, campos de labranza y, por fin, se me dice que hemos entrado al departamento de Boyacá. Sementeras extensas y verdegueantes. Gentes rollizas. Mozas garridas y vigorosas. Boyacá, tierra de ensueño y cuna de la libertad del país, estaban a mi vista. ¿Cómo iba a soñar el inmigrante de aquel tren que más tarde muchos de sus ilustres hijos habían de ofrecerme el don de la amistad y recibir el mío?: un Armando Solano, un Calibán, entre muchos otros. Yo devoraba sus páginas con gula espiritual y en sus escritos pulí un poco este difícil idioma de Cervantes. Su nombre está grabado en mi corazón y en el de los míos con caracteres de ternura y esencia de perfumes imperecederos.

\* \* \*

Sucede que, en ocasiones, querido lector, me dejo llevar del entusiasmo y acaso divago: pero esto es culpa de la emoción. Cuando los años ya vencen nuestra vida y contemplamos el surco que dejan los sucesos, la fantasía vuela presurosa y con ella volamos, llevados por el recuerdo. ¿No era algo de esto lo que hacía aquel tren, penetrando por una campiña, ahora un poco monótona, que se desenvolvía a nuestra vista? El tren seguía y seguía, y el tedio y el sueño invadían a los pasajeros. Bostezaba la gente. Las horas eran pesadas. El tren resoplaba, corría, volaba como un piafante caballo mitológico, pero no llegaba. De pronto, se oyen unos pitazos prolongados. Hay un ruido de carros que se entrechocan, frenos chirriantes y una marcha procelosa que se detiene. Todos estamos a la expectativa. Algo, sin duda, va a suceder. Entonces descorro el vidrio de la ventanilla de mi coche. Afuera se divisan casas y tejados. Un pito largo, algo lastimero y como proyectado sobre la distancia, resuena. La campana, por su parte, toca rítmica y pausada, con no disimulada alegría.

Es este el preciso instante en que una gran voz, la del conductor del convoy probablemente, grita con entusiasmo: ¡Tunja!

\* \* \*

No fue por cierto halagadora la impresión que me proporcionó la capital de Boyacá. Me explicaré. De un lado me recibió una muralla de ondulantes collados en ascenso progresivo hasta tornarse en el empinado macizo, alto hasta el límite de mi vista, recortando el cielo. Del otro, en camino hacia la ciudad, casas de adobe y paja, gentes mal trajeadas, muchachos desarrapados y canes famélicos ladrando lánguidamente. Un "zorrero" acomodó mi equipaje en su carrito de madera y comenzó a impulsarlo hacia arriba, camino del poblado, haciendo de caballo. Pronto me compadecí de su esfuerzo y me creí en la obligación de darle "una manita". Así trepábamos, turnándonos, pujando él, pujando yo, hasta que, como todo tiene fin, nos hallamos en el centro de la ciudad. El inmemorial frío de aquella zona se apoderó de mi. Me parecía que aquel mundo estaba hecho exprofeso de pura nieve, pero esa nieve no aparecía por ninguna parte. Las calles estaban solitarias; vacía la gran plaza central. Era domingo. La gente se había entregado al descanso, según el rito católico. Igual a nuestro reposo, en el sábado judaico...

Me detuve frente a una casa grande, en cuya puerta un letrero rezaba: Hotel Real. Una escalera larga y pendiente me condujo ante la administración, en el segundo piso, donde, como en todos los hoteles del mundo, dí mis señas, en un libro inmenso, que me pareció bastante grasiento. La pieza que se me había destinado era grande, pero oscura. Carecía de ventanas. La puerta poseía, eso sí, un rectángulo en vidrios, por donde se filtraba una luz opaca. La cama, al sentarme a manera de ensayo, me pareció durísima. No muy habituado al ejercicio de la penitencia por mis muchos pecados, inquirí sobre esta particularidad. "Así la preferimos, me dijeron, porque la cama blanda es mala para la salud y la dura es excelente contra el dolor de riñones y de la ciática". Esta teoría debe ser cierta, porque es tradicional. No obstante, queda el gusano taladrador en la mente, porque el colchón pullman se está universalizando en forma fantástica, sin que los riñones enfermen o la ciática arrecie, según toda evidencia...

Las manecillas del reloj avanzaban en su camino de eternidad, marcando las dos de la tarde. Sentí que llamaba no solamente hacia la eternidad sino al comedor. Y le obedecí. ¡Cuán reconfortante aquella sopa caliente en aquel frío! Un suave vapor subía del plato, incitándome con su aroma. Y este fue el aperitivo de un condumio regional, excelente.

Fortalecido, salí a la calle a conocer la ciudad. Vagué sin rumbo fijo hasta que el frío, fuerte y brutal, me habló de Siberia. ¿Alguna inmensa franja de aquellas estepas se habría desprendido y, lo mismo que yo, vagando por el mundo paró aquí, lo mismo que yo? Me froté los ojos porque creí ver nieve hasta en la cima de los tejados. Todo ayudaba a este espejismo, porque sobre mi colgaba un cielo cubierto de agresivas y densas nubes sombrías. Solo de vez en cuando, y por unos segundos, un sol pícaro y paliducho asomaba el ojo por algún resquicio, como si quisiera enseñarnos que aquella tarde sería muy tacaño con los tunjanos y nada debían esperar de él. De pronto, no dejó ver más su dorado rostro.

Poco acostumbrado a los usos del país, llevaba yo un abrigo de casimir, más bien ligero, sin atreverme a vestir la ruana, que me parecía co-

mo un símbolo de atraso o de algo que debía desecharse. ¡Pobre de mí! El frío arreciaba o, como dicen los campesinos, no poco filósofos de aquellas regiones “estaba *calentando* el frío”. Sí, era muy riguroso. A lado y lado, observaba el desmirriado comercio. Más allá, se levantaba un teatro de cine, frente por frente al Hotel del Comercio. Todo este ambiente me pareció triste. Comencé a tiritar. Instintivamente, mis manos buscaban la tibia defensa de los bolsillos. Pero aquello no fue suficiente. Un cuarto de hora después, me encontré enfundado en la cama, pese a que el día del horario señalaba la hora solar. Amodorrado por el calor de las mantas, fui cerrando los ojos y en menos que canta un gallo se abrió ante mí mente una visión, poco menos que una película pasando por las pantallas del alma. No se si esté bien dicho, para que se me entienda; pero fue algo así como una inmensa nostalgia lo que envolvió aquella aparición. Tenía yo entonces 28 años, estaba lejos de mi casa, y recuerdos cariñosos de lugares lejanos y amables me invadieron. Vi entre nubes a mi remota Selechow. Aquí en esta “refrigeradora”, en este frío y destartado cuartucho, comenzaron entonces a desfilar todos aquellos parajes de mi primera juventud. Primero, los sábados rituales, cuando mi comunidad también descansaba. La casita pobre pero aseada y tibia de mi amigo entrañable, el grande escritor Brainski, hoy desaparecido pero reposando en Colombia en su sábado eterno... Sí, no era rica su casa, pero ¡qué de tesoros intelectuales y espirituales no albergaba! Solo había un cuarto a nuestra disposición, en el que las sillas eran contadas. Breve era el espacio. Algunos nos sentábamos sobre las camas. Pero el universo interior era de una opulencia que los millonarios envidiarían. ¿Cuántos de ellos comprenderán estos tesoros?

Generalmente la tertulia comenzaba por el comentario de las noticias aparecidas en los periódicos de Varsovia. Nos separaba la ideología, pero era mucho aquello que nos unía y, sobre todo, coincidíamos en el mismo ideal: el amor por las ideas escritas, por nuestros grandes literatos, por los mentores del pensamiento de nuestro pueblo. Discutíamos con ardor. Defendíamos enardecidos nuestros puntos de vista y, de súbito, en aquel ambiente saturado por el calor de la juventud se hacía un profundo silencio: era que alguien había entonado una canción y, tras él, un coro nutrido de voces se elevaba hasta el cielo como un clamor de fe y esperanza. Eran las canciones de Bialeik, Péretz, Raizen, Nomer, ardidias de humanidad y de amor. Y a su lado, entonábamos las voces del reciente poeta Popierniekov y de Manguer y, pedazo de nuestro propio ser, los poemas del joven panida Chil Lerer, hijo de nuestro pueblo, parte de nuestro propio cielo, mucho antes de que aparecieran en los horizontes de la prensa y de la fama. Coreábamos los versos de aquel espíritu revolucionario encarnado en la persona de Liesin. El entusiasmo nos tomaba y no hay palabras para describir aquel ambiente en que la poesía y la prosa de los grandes maestros nos surgía, no de las gargantas sino del alma misma. Allí se oían trozos de Mebdele, Salim Aliechem. Péretz y cuantos como ellos eran raíz y savia de aquella época y de todas las de nuestra literatura clásica, sobre los que reposa, en una palabra, el templo sagrado de nuestra gloria literaria.

En el cielo de la inmortalidad había surgido por entonces una nueva estrella: Salim Asch. Sus obras primogénitas *Un pueblo*, *Motka ladrón* y

*El Dios de la venganza* se devoraban por los lectores con pasión y frenesí. Y, como complemento de tanta grandeza, otra luminaria cubría aquel cielo de la fama; era I. M. Waisenberg, nuestro propio vecino. Sus cuentos y narraciones sabían estremecer los espíritus con un viento de fecunda renovación de la vida. En nuestra tertulia, los libros de Waisenberg electrizaraban nuestros corazones y sus cuentos maravillosos *Como padres e hijos*, *Un momento*, *Como Krandeile*, eran leídos, comentados y ensalzados, poblando nuestra pobre atmósfera con los personajes y las criaturas de su ingenio.

Yo veía todo esto como entre una neblina, que quizás era la neblina del tiempo. Todavía llegaba a mi memoria la parte final, cuando el ama de casa, dulce y generosa, nos regalaba, antes de partir, con un licor aromático y espirituoso que calentaba nuestros cuerpos en los fríos rigurosos y con trocitos de salchichón que nos sabían a gloria, porque la sinceridad y el cariño suelen tener un aroma especial. Al regresar a Tunja, después de haber embriagado mis sentidos con tan inusitadas emociones, me sentí pequeño ante la inmensidad de la vida, como una llamita azotada por un viento tempestuoso. ¡Somos tan poca cosa ante la eternidad del pasado!

Ahora la luz eléctrica se filtraba por las rendijas. Encendí la mía y hojeé la prensa. Era la realidad cruda de la existencia. El simple "estar presente". Y tras esta dura cosa, la verdad concreta de que había que ganar el pan con el sudor de la frente, luchar para conseguirlo. Tan prosaica como lo parezca, la tarea era esta: abrir mercado en el comercio a los suéteres para señoras, hombres y niños. Y pensar que en el logro de este empeño se cifraba buena parte de mi felicidad del momento. ¡Tal nos propone la vida sus programas!

Cuando pasé camino del comedor, la noche se había echado encima. Había algunos comensales, pero no tuve ánimo de entablar conversación, aunque algo sabía ya desembarazarme en español. Pero, simplemente, me dediqué a dialogar con mis propios pensamientos, alusinado con la escena de Zelechov que acababa de pasarme por el magín. Hice una corta salida, pero el frío me empujó otra vez al hotel, porque sombras y viento helado formaban una zarabanda en las calles y vericuetos de la ciudad. Al menos en la cama las mantas incitaban el calorcillo agradable. En el cuarto se encontraba una muchacha de servicio, preparando el lecho para la noche del viajero. Era una chica rolliza, de escasa estatura, "chapeada" como se dice por acá del sonrosado de las mejillas, de ojos picarones y maliciosa sonrisilla, cuya belleza me produjo la sensación de una picazón en el cuerpo, como si sobre el frío que sentía se hubiese aposentado algún calor intempestivo. Fue aquello un sueño rápido. Luego le dirigí una mirada entre serio e indiferente, y ella salió del aposento. Yo abrí a Tolstoy y me embebí en la lectura de *Anna Karenina*. Cuando entraron las escenas con su amante, el Conde Wronsky, quedé abstraído por completo, y su vida penetró en la mía con esa fuerza en que suelen sublimarse el ideal y la pasión. Me asombraba, mientras pasaban las páginas, de la majestad con que el autor tocaba todos los ángulos de la humana sensualidad sin envilecer ni apocar a sus criaturas. Mientras leía, una mano reposaba bajo

las mantas y, por turno, ella remplazaba a la que sostenía el libro, en un trabajo rítmico que ahora me hace sonreír, cuando pienso en aquel frío tunjano...



El lunes arreglé mis bártulos y me lancé a la calle, a la conquista del comercio. Pero, ¡ay!, nadie quiso de mi mercadería. Era una aventura comprar tales artículos. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? Regresar a Bogotá con mi equipaje intacto era afrontar la risa y el sarcasmo de los míos. ¡Nunca lo haría! ¿Entonces? Una idea luminosa se aposentó en mi cerebro. Hice el recorrido por cuarteles y colegios y, como por arte de encantamiento, a la tarde había desaparecido de mis maletas todo su contenido y, fuera de ellas, muchos billetes, nuevos o arrugados y sucios, habían entrado a mis bolsillos. Las colinas de Tunja me parecieron más hermosas y el frío más llevadero. Y tras el negocio, los conocidos, los relacionados y los amigos, muchos para toda la vida. Fuad, Michel Cure, Teófilo Faul, a quien la muerte sorprendió un día lúgubre para mí en las sabanas de Bolívar. Fue él uno de los extranjeros cariñosos que amó a Colombia con pasión y con fe, creyó en sus destinos, avisó el vuelo de la industria y palpó con agradecimiento por esta noble tierra. Bueno es en la vida de las memorias escritas sentar el testimonio de estos pioneros del comercio y de la industria que, si bien es cierto que prosperaron, dejaron la simiente en sus hijos y sus nietos y fueron para estos y para todos ejemplares de austeridad y de nobleza.



Hoy Tunja no es ni la sombra de lo que fue en aquel entonces. Los tiempos han cambiado. Ahora se nos ofrece majestuosa y modernizada, con grandes avenidas, parques verdes y florecidos, edificios hermosos y calles pavimentadas. Su maravilloso sello antiguo, colonial-español, subsiste intacto, para regalo de la vista. Y su tradición y leyendas, flotan por su aire, más rápidos hoy que ayer, tal como pasa con los buenos vinos. Su comercio se ha ensanchado enormemente. Y la autopista que la conecta con Bogotá, hace de ella, prácticamente, uno de los barrios más elegantes y señoriales de la metrópoli. Por lo mismo, este recuerdo de la ciudad de otrora, es la palpitación de mi agradecido corazón que a través de 33 años, y ya en la edad madura, rememora, con sus primeros pasos en Colombia, aquella época tunjana de paz arrullada por la brisa, donde por primera vez pude juntar mi emoción a la de un pueblo entero, en la tierra en que se forjó una patria, hoy magnificada por sus egregios hijos.